

Los “papeles de Crawford”

Rajoy admite, tras conocer las actas de Aznar, que la guerra se hizo sin resolución de la ONU

El PP cambia su doctrina sobre la intervención bélica para rectificar lo que defendió durante años

CARLOS E. CUÉ

Mariano Rajoy dio un ayer giro de 180 grados a la doctrina de su partido sobre la guerra de Irak. Hasta ese momento, el PP había defendido siempre que la invasión tenía "el amparo de la legalidad internacional" porque la resolución 1.441 de la ONU, apoyada por todos los países, permitía el ataque. Esta tesis siempre fue discutida por los socialistas y por países como Alemania o Francia, que no apoyaron la guerra y criticaron que se hiciera sin amparo de la ONU.

En una entrevista en Cuatro, apurado por vanas preguntas sobre las actas de la reunión entre José María Aznar y George Bush, Rajoy admitió: "Hay una diferencia sustancial, sólo hay una (entre la misión en Irak y en Afganistán). Y es que en Irak se fue sin resolución de Naciones Unidas y en Afganistán se fue con resolución de Naciones Unidas".

En el caso de Irak, añadió, "después hubo una resolución ya apoyando lo que se hizo. La única diferencia que hubo fue que en el caso, de Irak fueron sin resolución de Naciones Unidas y en Afganistán con resolución". Ante la sorpresa de la periodista, que le remarcó que la diferencia no es pequeña, Rajoy sentenció: "Pero es que no es la primera vez que ocurre. En Kosovo, cuando el secretario general de la OTAN era Javier Solana, fuimos también sin resolución, porque íbamos a defender unos valores y unos principios". Después defendió a Aznar. "Las decisiones siempre se toman con los datos que tienes en cada momento. Todo el mundo decía que había armas de destrucción masiva en Irak, y, con base en la información disponible, se decidió intervenir.

Esta última parte pertenece a la tesis oficial del PP, pero no la primera. El propio ex presidente Aznar, a pesar de que buscó hasta el último minuto una nueva resolución, fue quien con más insistencia repitió en el Congreso que la 1.441 amparaba la invasión. El día que comenzaron los bombardeos, el 20 de marzo de 2003, Aznar fue tajante: "El régimen iraquí ha consumado su desafío a la legalidad, ignorando las obligaciones de desarme exigidas por las Naciones Unidas durante doce años, hasta la Resolución 1.441 del Consejo de Seguridad aprobada hace casi cinco meses", dijo en una declaración institucional en La Moncloa. La ofensiva, insistió, respeta la legalidad internacional en su espíritu y en su letra", recordando los precedentes existentes "cuando la comunidad internacional, ante el dilema de quedar paralizada o actuar, decidió frenar el genocidio y la violación sistemática de los derechos humanos y de los principios de convivencia entre las Naciones".

Sólo dos días antes, en el Congreso, Aznar y Zapatero habían mantenido un intenso debate por el empeño del entonces presidente y líder del PP en defender que, aunque el Gobierno prefería que hubiera una segunda resolución para evitar la fractura de la comunidad internacional —Francia y Alemania rechazaban la guerra—, la 1.441 amparaba cualquier ataque.

"Usted sabe que la resolución 1.441 no permite atacar Irak", le espetó Zapatero. Aznar le contestó: "Los que hemos manifestado y defendido este proceso en el

marco de las Naciones Unidas, hemos trabajado por él y hemos dicho que hay una base legal desde 1990 hasta el momento somos nosotros, y el que lo ha negado sistemáticamente ha sido usted. Esto viene, legalmente, desde 1990, y esto termina con la resolución 1.441. Cuando se amenaza con la utilización del veto que sus señorías antes criticaban se hace imposible la adopción de una nueva resolución. Pero la base legal establecida para las resoluciones de las Naciones Unidas es la base legal que se conoce y que está establecida aquí", insistió una y otra vez.

El propio Rajoy, en una intervención en el Congreso de mayo de 2003, respondió: "Creemos, y lo hemos dicho en ochenta y una ocasiones en esta Cámara, que esta es una decisión legal".

Hasta ahora, nadie en el PP había rectificado esa postura. Algunos dirigentes, un tanto sorprendidos por el cambio de rumbo de Rajoy, señalaron ayer que podía ser un *lapsus*, y que quería decir que a Irak se fue sin una segunda resolución de la ONU.

Maniobras para la invasión

Aznar aceptó la intervención militar pese a que no se logro el consenso que él pedía a Bush

ERNESTO EKAIZER

José María Aznar actuó con la astucia de un director de marketing en la recta final hacia la guerra de Irak. Tras conocer de labios del presidente norteamericano, George W Bush, el 22 de febrero de 2003 en el rancho de Crawford (Tejas), que EE UU invadiría Irak a finales de marzo, el entonces presidente español se ofreció a promover una segunda resolución en el Consejo de Seguridad de la ONU. Consideraba importante hacerlo aun cuando algún país ejerciera su veto, ya que era vital mostrar una mayoría a favor de la invasión. Cuando los tres promotores —EE UU, Reino Unido y España— no obtuvieron más que un compromiso de apoyo, el de Bulgaria, decidieron evitar una derrota estrepitosa en una eventual votación retirando la propuesta. Eso sí, culparon a Francia por su insinuación de que podría vetar la resolución.

Bush informó a Aznar de que EE UU estaba a favor de una segunda resolución aunque, precisó, la decisión de invadir Irak a finales de marzo estaba tomada. El jefe del Ejecutivo español se ofreció a patrocinar esa resolución. Necesitaba el acuerdo de la ONU para vender políticamente el producto de la guerra, a la que se oponía el 90% de la población española.

Pero también había otra razón poderosa: con una resolución —aprobada por unanimidad— en la mano, Aznar estaba dispuesto a enviar desde el primer momento tropas de combate, junto a las de EE UU y el Reino Unido, según explica el ex ministro Federico Trillo en su libro *Memoria de entre-guerras*. Ese era el significado del giro copernicano en más de 200 años de política de España que concebía Aznar, y que anticipó a Bush: "Lo que estamos haciendo es un cambio muy profundo para España y para los españoles. Estamos cambiando la política que el país había seguido en los últimos 200 años". Sin resolución, Aznar estaba dispuesto a apoyar a Bush, pero no como debía ser, según su sueño. Es decir, con tropas.

En Crawford, el presidente español, tras conocer que EE UU daría un margen —de algunos días para conseguir la segunda resolución— —iniciativa que el primer ministro británico, Tony Blair, había arrancado a Bush el 31 de enero de 2003 en Washington—, explico con claridad el significado que tenía la propuesta. "Es muy importante contar con una resolución. No es lo mismo actuar con ella que sin ella. Sería muy conveniente contar en el Consejo de Seguridad con una resolución. De hecho, es más importante contar con mayoría que el que alguien emita el veto. Para nosotros, actuar sin mayoría en el Consejo sería muy negativo".

Es decir: había que promover la votación para demostrar que, incluso con el veto de Francia, Rusia o China, la invasión gozaba de mayoría de votos. Bush obtendría de ese modo la cobertura moral y política para la guerra inminente. El presidente norteamericano, a su vez, manifestó que incluso era partidario de que se votara en el caso de que se perdiera la votación, para que los 15 miembros del Consejo de Seguridad se mojasen.

Aznar y su ministra de Exteriores Ana Palacio, se lanzaron a un frenético plan de contactos telefónicos y reuniones bilaterales en Nueva York para alcanzar los compromisos de voto. El resultado, a primeros de marzo, era patético. Francia, Rusia y China estaban en contra de la resolución que pretendía declarar el incumplimiento definitivo por parte de Irak, señal de partida de la invasión. Otros seis países llamados indecisos —Chile, México, Guinea, Camerún, Angola y Pakistán— tampoco estaban por la labor, pese a las presiones.

¿Qué pasaba? Algo elemental. La fase de preparación militar llegaba a su fin al tiempo que Irak empezaba a colaborar con la ONU. El 5 de febrero el secretario de Estado norteamericano, Colin Powell, escenificó en el Consejo de Seguridad el drama de las armas de destrucción masiva, pero el 14 de febrero Hans Blix, jefe de los inspectores y Mohamed El Baradei, director general del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), habían desmentido gran parte de sus afirmaciones.

Los trabajos de inspección cogieron con el paso cambiado a Bush, Blair y Aznar. ¿Qué evidencias hay de ello? Véase el acta de la conversación de Crawford que EL PAÍS ofreció en su edición de ayer.

Cuando Aznar pregunta por la relación entre la segunda resolución y el informe de los inspectores, Condoleezza Rice, asesora de Seguridad Nacional de Bush, responde: "No esperamos gran cosa de ese informe. Como en los anteriores, pondrán una de cal y otra de arena. Tengo la impresión de que Blix será ahora más negativo de lo que antes fue sobre la voluntad de los iraquíes. Después de la comparecencia de los inspectores ante el Consejo, debemos prever un voto sobre la resolución una semana después (el 14 de marzo). Los iraquíes intentarán explicar que van cumpliendo con sus obligaciones. Ni es cierto ni será suficiente, aunque anuncien la destrucción de algunos de sus misiles". En un reconocimiento tácito de las dificultades, Bush remacha: "Esto es como la tortura china del agua. Tenemos que poner fin a ello".

Este paso cambiado queda reflejado en las memorias de Christopher Meyer, embajador del Reino Unido en Washington por aquellas fechas. Corren los últimos días de enero de 2003. Tony Blair está por viajar a Washington para convencer a Bush de que es bueno retrasar la invasión y maniobrar a favor de una segunda resolución. Meyer recuerda: "Siempre pensé que agotar la ruta de la ONU significaría cosas distintas en Washington y en Londres. Los calendarios de la guerra y del programa de inspecciones no podían sincronizarse. Bush estaba indeciso sobre los méritos de una segunda resolución para autorizar la guerra, algo que se convirtió en un imperativo político para Londres. Blair venía a Washington

buscando también un retraso en el comienzo de la campaña militar, fechada para mediados de febrero de 2003. Blair obtuvo el retraso por la sencilla razón de que los norteamericanos no estaban preparados para invadir Irak hasta la segunda mitad de marzo. En la conferencia de prensa del 31 de enero, Bush dio un respaldo superficial y tibio a la segunda resolución. Ni la suya ni la de Blair se cuentan entre sus mejores actuaciones. Estaban tensos y pachuchos".

El problema es que Blix y El Baradei se orientaban exactamente en sentido contrario al previsto por Rice en Crawford. El día 7 de marzo, Blix repitió algo que ya había dicho días antes sobre la destrucción de los misiles Al Samud 2, despreciada por la Administración de Bush. "No estamos ante la eliminación de palillos de dientes; se trata de una medida sustancial de desarme; en realidad, la primera desde mediados de los años 90", explicó al Consejo de Seguridad.

El Baradei, por su parte, demostró que se acusaba a Irak de comprar uranio para fabricar bombas atómicas con "documentos inauténticos" y dijo que no había programa nuclear en marcha.

En este contexto desesperado, Bush decidió terminar con la obra teatral improvisada de la segunda resolución. Y levantó, en sustitución, el escenario en las Islas Azores. Ese 16 de marzo, la propuesta de resolución se convirtió en papel mojado y al día siguiente, después del ultimátum de las Azores, el embajador del Reino Unido ante la ONU Jeremy Greenstock anunció su retirada definitiva.

Aznar manipuló la información a los españoles tras volver de Crawford. Sabiendo que la invasión estaba decidida, presentó su reunión con Bush y la prevista segunda resolución que encubría la invasión como una esperanza de paz. Y también falsificó la razón por la que se retiró la segunda resolución antes de votarse.

El 18 de marzo, en el Congreso, volvió a acusar a Irak de procurarse un componente nuclear (desmentido por El Baradei el 7 y el 8 de marzo) y explicó así la retirada de la segunda resolución: "El acuerdo ha resultado imposible ante el aviso reiterado de veto por parte de alguno de los miembros permanentes del Consejo. A pesar de que repetidamente los tres países copatrocinadores expresamos nuestra voluntad de diálogo y negociación de la propuesta, nos hemos encontrado una postura inflexible. No es la primera vez que el Consejo queda bloqueado por el uso político del veto... Es urgente advertir de que se va a aplicar ya la legalidad internacional..." Éste es el hombre que el 22 de febrero posaba de estadista en Crawford al explicar a Bush: "Es muy importante contar con una resolución... De hecho, es más importante contar con mayoría que el que alguien emita un veto. Para nosotros actuar sin mayoría en el Consejo sería muy negativo".

"No conocía la brutalidad con la que Bush advirtió a Chile"

El ex embajador chileno en la ONU, indignado por el contenido del acta

ERNESTO EKAIZER

Juan Gabriel Valdés, embajador de Chile ante la ONU en los días previos a la invasión de Irak, reaccionó ayer con estupor al conocer el acta de la conversación Bush-Aznar del 22 de febrero de 2003, durante la cual el presidente de EE UU amenazó con perjudicar a Chile si no apoyaba la invasión. "Nunca se dijo aquí en Chile nada de semejante brutalidad. Sabía que había habido algún tipo de presiones, pero nunca tan directas", dijo Valdés.

El ex embajador se refería a un párrafo de la conversación de Crawford (Tejas) en la que el presidente George W Bush señalaba a José María Aznar el comportamiento que debían observar los países considerados amigos de EE UU. "Países como México, Chile, Angola y Camerún deben saber que lo que está en juego es la seguridad de los Estados Unidos y actuar con un sentido, de amistad hacia nosotros. (El presidente chileno Ricardo) Lagos debe saber que el Acuerdo de Libre Comercio con Chile está pendiente de confirmación en el Senado y que una actitud negativa en este tema podría poner en peligro esa ratificación", decía Bush.

En la primera quincena de marzo de 2003 habían trascendido algunas informaciones sobre la presión que ejercía Washington sobre aquellos países que manifestaban sus reticencias a apoyar una intervención militar en Irak. En particular, en relación a Chile, se pudo saber que el entonces principal negociador comercial de EE UU, Robert Zoellick, se había puesto en contacto con la ministra de Relaciones Exteriores de Chile, Soledad Alvear, para manifestarle que "tenía miedo de que en el Senado norteamericano se recibiera muy mal un voto contrario de Chile a la resolución". En aquella época estaba pendiente, como recordó Bush a Aznar en su reunión, la firma del Tratado de Libre Comercio entre EE UU y Chile.

"La conversación entre Aznar y Bush revela exactamente la visión que tenía y tiene la Administración de Bush de las Naciones Unidas como institución. Lo que está por encima de todo, en este caso de la guerra de Irak, es la relación bilateral que cada país tiene con EE UU. Todo se mide en función de esa relación bilateral. No existe la comunidad internacional como tal", protesta Valdés.

Las gestiones de Palacio

El ex embajador participó activamente en la oposición a la segunda resolución propuesta por EE UU, Reino Unido y España. "¿Cómo íbamos a apoyar una guerra cuando los informes públicos y privados del jefe de los inspectores de la ONU, Hans Blix, hablaban de un incremento de la cooperación de Irak, cuando no habían encontrado armas prohibidas y cuando se llegaron a destruir 70 misiles Al Samud 2 ?", plantea. Por eso, Valdés lideró junto con el entonces embajador de México ante la ONU, Adolfo Aguilar Zinser, un grupo de seis países (Angola, Camerún, Guinea, Pakistán, México y Chile) para dar más tiempo a los inspectores, aunque no indefinidamente. En marzo de 2003, la ministra española de Exteriores, Ana Palacio, propuso a Chile que copatrocinara la segunda resolución. "Sole, hay que salvar a Colin, hay que salvar a Colin", espetó Palacio a la ministra chilena Soledad Alvear, en referencia al secretario de Estado norteamericano Colin Powell.

Palacio excluyó de una reunión con Colin Powell a Adolfo Aguilar Zinser —sólo permitió la asistencia del ministro de Relaciones Exteriores de México, Ernesto Derbez, el 7 de marzo de 2003— por considerarlo demasiado antiamericano. Aguilar Zinser murió años más tarde en un accidente automovilístico.

Philippe Sands es el abogado británico experto en Derecho Internacional que destapó el memorándum secreto de la reunión del 31 de enero de 2003 entre Bush y Blair. Preguntado ayer sobre la conversación de Crawford entre Aznar y Bush, dijo: "La segunda resolución fue una concesión de Bush a Blair de mala gana. No se trató ni siquiera de dar legalidad a la guerra. Las conversaciones de Aznar y Bush son coherentes con las anteriores de Bush y Blair. Una auténtica mascarada".

El País, 27 de septiembre de 2007